



XXV

Pactos claros, amigos caros.

POR encargo de la Condesa, Ida salió en carruaje para ver al Sr. Sordini y exponerle las condiciones difíciles y penosas en que se encontraban las operarias del *Albergue* de la *Alianza*, y establecer con él la manera de resolver el conflicto sin daño de ellas ni del patrono, de quien estaban muy satisfechas y para quien sólo tenían palabras de gratitud y de reconocimiento.

La joven lo encontró tan tranquilo y tan resuelto que no pudo por menos de maravillarse.

— Sé bien, le dijo, que nuestras operarias se encuentran entre el yunque y el martillo, porque si toman parte en la huelga, la cual será hoy proclamada en la Cámara del trabajo, se hacen responsables de un acto de verdadera locura; y si se declaran contrarias, van á sufrir persecuciones, atrayéndose toda la odiosidad de la mal llamada *solidaridad*. Pero dígales usted que estén tranquilas. Yo pienso en preservarlas de ambos peligros.

Ida lo miró más maravillada que antes, no viendo la salida entre ambos escollos. Pero él continuó como para responder á su tácita pregunta:

—Lo sabrá, apenas se haya proclamado la huelga.

—¿Y entretanto?

—Entretanto, diga usted á esas excelentes muchachas, que no se declaren ni en pro ni en contra hasta que no conozcan mi decisión.

—¿Pero y si se ven, como suele decirse, estrechadas entre la espada y la pared?

—Que pidan un plazo para decidirse. Es tan fácil decir que se reunirán para acordar. ¿Ha comprendido usted?

—Comprendido. ¡Mil gracias! Pero para el porvenir, ¿podrán nuestras operarias entrar en el trabajo de su fábrica? Perdone si pregunto demasiado.

—Mientras exista la fábrica de Sordini, yo le doy mi palabra de que las obreras de la *Alianza* serán preferidas á todas las demás. Si caemos, caeremos juntos, y el mayor daño será para mí que habré de ver destruída una empresa en que he colocado todo mi capital, y por añadidura á mi mismo.

—No hay que pensar en lo peor.

—No sólo no pienso en ello, sino que tengo la certeza de que no sucederá. Además, señorita, estoy dispuesto á todo antes que ceder á las imposiciones de cierta gente. Estará bien ó estará mal, pero soy así... *Pactos claros, amigos caros*.

Entonces se oyó sonar el timbre del teléfono. Ida se despidió de Sordini, y éste, acercándose al aparato, escuchó este aviso, comunicado por una persona de su confianza:

—En este momento en la Cámara del trabajo, después de un discurso del diputado Brandini, se ha proclamado la huelga, que deberá durar hasta que sea destituido el Director técnico.

Precisamente era este el anuncio convenido con su fiel agente, anuncio que aguardaba Sordini para disponer todas las cosas.

Por eso Sordini exclamó sonriendo:

—¡Bravo! Pues si vais á esperar la salida del Director hay huelga para rato. Por de pronto, todo lo tengo dispuesto... Vamos.

Mandó sacar del depósito el automóvil, sobre el cual estaban ya colocados los equipajes, y montó en él con su familia y con el Director.

El Director iba á pasar unos días en Alemania; el patrono marchaba con su familia á una casa de campo.

La custodia de la fábrica quedaba en tanto confiada al Administrador, ayudado por unos cuantos servidores de confianza.

Mientras Sordini partía, se dió aviso al Municipio y á la policía de que las labores quedaban suspendidas y los trabajadores despedidos. Sobre la puerta de entrada de la fábrica se fijó el siguiente rótulo: *Cerrado hasta nuevo aviso...*

En la Cámara del trabajo, después de declarada la huelga, se nombró una Comisión encargada de dirigirla. Brandini, que era uno de los miembros principales de esta Comisión, al salir de la Cámara montó en tranvía con otros dos colegas para acercarse, en primer término, al *Albergue*, para asustar á la directora y tratar de que las asiladas se uniesen á la huelga. Luego se proponía hablar con Sordini para proponerle las condiciones de sus obreros.

Vuelta á casa, después del coloquio con Ida, Giorgina, previendo alguna borrasca, pidió permiso á la directora para encargarse de la portería, y para ser la primera en recibir las instrucciones de Ida. Tenía el presentimiento de que Brandini ó la comadrona, ó ambos á la vez, habrían de aprovecharse de la agitación para causar daño al *Albergue* y quería evitarlo á todo trance. Para ello había pedido además el concurso de dos compañeras, elegidas entre las más fieles y más valerosas.

En la portería la encontró Ida, quien le refirió la entrevista celebrada con Sordini, diciéndole que no se manifestase nadie ni en pro ni en contra de la huelga; después supo Giorgina que ésta se había proclamado y por eso se presentaron ante ella Brandini y sus colegas, que llegaban con el propósito de ver á la directora.

¡Qué encuentro más terrible! Era el primero que celebraban la víctima y el verdugo después que aquélla había sido arrojada de casa del diputado.

Giorgina, agitada por un temblor convulsivo apenas podía dominarse, Brandini al verla palideció, bajó los ojos, y fingiendo no recordar nada, preguntó con mal disimulada indiferencia:

—¿Se puede ver un momento á la directora?

Estremecida por estas palabras, Giorgina cruzó fieramente los brazos, arrugó la frente, y convulsa, ahogada por la ira, le gritó con voz enronquecida:

—¿No te basta con verme á mí?.. No te basta, verdugo?

Y calló permaneciendo inmóvil y amenazadora.

Los dos colegas del malaventurado Brandini y las dos compañeras de Giorgina asistían silenciosas y atónitas á espectáculo tan extraño.

Pero Brandini, viendo el mal cariz que tomaban las cosas para él, se hizo más atrevido y volviéndose hacia sus compañeras, añadió:

—¿Qué vamos á hacer con una histérica?

Nunca lo hubiera dicho. Giorgina avanzó hacia él con miradas de fuego y sacando un pequeño crucifijo que llevaba al pecho, le dijo con acento solemne: ¿Ves este crucifijo? A él debo mi salvación y á él le debes que yo no te haya mandado al infierno... Conque, vete... En esta casa no pondrás nunca el pie. ¡Nunca! ¿Entiendes? ¡Nunca!

—Vámonos, amigos, dijo Brandini palideciendo... Esta no es casa, es un manicomio.

Y subió con ellos al coche diciendo al cochero:

—A la fábrica de Sordini.

Giorgina cerró la puerta y recobró pronto la calma, diciendo á sus compañeras que la asediaban á preguntas:

Son asuntos míos.

Y no habló una palabra más sobre el incidente con Brandini, limitándose á decir que aquellos tres individuos habían venido en nombre de la Cámara del trabajo para hacerlas entrar en la huelga.

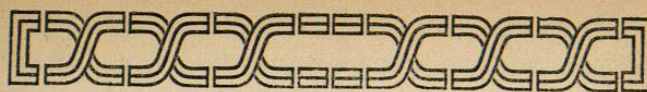
— Si no les hubiese echado con tanta tranquilidad, añadió, me habrían metido al diablo dentro de casa.

Como en el *Albergue* no se hablaba más que de la huelga, pronto dejó de comentarse el choque ocurrido entre Giorgina y el diputado socialista.

Los tres mandatarios de la Cámara del trabajo, después de haber salido del *Albergue* en la forma que acaban de ver nuestros lectores, al llegar á la fábrica de Sordini se encontraron con la novedad de saber que el patrono se había marchado, cerrando los talleres y poniendo en la calle á todos los trabajadores. Debieron, por consiguiente, volver á la Cámara de la manera más desairada del mundo, refiriendo á sus poderdantes el nuevo estado de cosas que hacía inútil su gestión.

Brandini, aunque se mostró con sus colegas muy indignado con aquel acto que él calificaba de brutal y tiránico, en el fondo no dejó de alegrarse un poco porque se veía libre de un embarazo, en el cual se había mezclado para conservar su popularidad, caldeando una huelga que en el fondo consideraba injusta; pero sobre todo porque, una vez cerrado el establecimiento y licenciados todos los trabajadores, su visita á las obreras del *Albergue* ya no tenía objeto alguno, y ni había, por tanto, necesidad de afrontar de nuevo la presencia de Giorgina, cosa que verdaderamente atemorizaba al valiente campeón del socialismo revolucionario.

Tan cierto es que, como dice el refrán: *no hay mal que por bien no venga*.



XXVI

Los pífanos de la montaña.

CERCA de su fábrica, Sordini había edificado una espaciosa barriada, donde los obreros casados eran alojados en condiciones bastante ventajosas, tanto por la salubridad de las habitaciones y por la economía de alquileres, como porque, hallándose situada fuera de la zona de consumos, el precio de los víveres resultaba más económico.

Tres días hacía que la fábrica estaba cerrada, y al zumbido monótono de ruedas y poleas había sucedido el silencio más absoluto; al vaivén de los carros, la soledad; al estrépito del trabajo de carga y descarga, la tranquilidad del desierto.

En el barrio vecino, dispuesto en forma cuadrangular, en torno de una amplia plaza, todo en cambio era vida, movimiento, animación; corros de chiquillos, saltando, jugando, riendo y llorando al propio tiempo, invadían la plaza; los obreros y obreras que venían de la ciudad, entraban y salían en las casas y hormigueaban, especialmente alrededor de la tienda cooperativa, instalada en un ángulo de la plaza; y, por último, frente á las puertas, algunas mujeres recogían la ropa blanca, plegándola con chasquidos sonoros.

Las diez sonaban en el gran reloj puesto enfrente del barrio de obreros, cuando una mujer vestida de negro, con velo sobre

el rostro, descendió de un tranvía y se dirigió hacia la fuente, que se levantaba en el centro de la plaza, donde varias obreras estaban ocupadas en aclarar algunos vestidos de niños. Pero en aquella ocasión no se oían los cantos ni las alegres carcajadas de otras veces. Todos los rostros estaban serios, pensativos, y nadie hablaba en voz alta, como si temiera estorbar el trabajo de los demás ó desviar el curso de sus pensamientos.

A una de estas mujeres se acercó la señora del velo, y después de saludarla, la dijo en voz baja: «Haz por acabar pronto; yo te aguardo en tu casa.»

Inclinó la cabeza en señal de asentimiento aquella mujer y replicó:

—Estoy acabando. Vaya usted á casa; dentro de diez minutos seré con usted.

Cuando un cuarto de hora después entró en casa y saludó á la recién llegada con mucho respeto, ésta le dijo con tono imperioso:

—He venido yo misma, antes de que tú hayas ido á verme, porque si continuáis como hasta ahora mano sobre mano, las gazmoñas del *Albergue* os van á dar un disgusto de los buenos.

—¿Ocurre alguna novedad en la fábrica?

—Mañana lo sabrás ó quizá antes.

—¿Se vuelve al trabajo?

—Sí y no.

—No comprendo.

—Mañana se hacen nuevos contratos.

—Pues aquí nada se sabe y los talleres siguen cerrados.

—Se espera al último momento para despediros.

—¿Cómo?

—¿Has comprendido ahora el sí y el no?

—¡Y tanto!

Sonrió siniestramente mientras se quitaba el velo y luego añadió:

—El patrono y el Director, ¿cómo trataban á las obreras del *Albergue*?

—Con los mayores miramientos.

—¿Y á vosotras y á vuestros maridos?

—Como á perros. Mi hijo fué uno de los tres despedidos el primer día.

—Pues fijate en esas preferencias.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Acaso en los nuevos contratos se vá á prescindir de los socialistas?

—Serán preferidos los clericales... Las mogigatas del *Albergue* volverán al trabajo con mejores jornales que antes.

—¿Cómo ha sabido la señora todo esto?

—¿Cómo? Acaso me duermo yo en las pajas? Toda esta comedia del cierre de la fábrica ha sido fraguada por la gente de la *Alianza* para poneros en la calle.

—¿Pero es verdad eso?

—Mañana verás si mis noticias eran exactas.

Aquí se callaron ambas, y aquella mujer, que era una antigua amiga de la comadrona y tenía á su marido y á su hijo entre los obreros de la fábrica, se puso densamente lívida, murmurando entre dientes:

—Entonces hay que parar el golpe y pagar á esas gentes en la moneda que se merecen.

—Precisamente. Por lo tanto, tú empieza por hacer correr la voz entre las amigas y excítalas á que vayan al *Albergue* en son de guerra. Amedrentad á las gazmoñas, y obligadlas á replegar su bandera, es decir, á no volver al trabajo si no son admitidos todos los obreros. La consigna debe ser: *ó todos ó ninguno*.

—Está bien; pero á ese Director hay que darle un disgusto mayúsculo.

—No, no, no toquéis al Director, si no queréis que el patrono aproveche la ocasión para vengarse de vosotras. No se debe tirar demasiado de la cuerda, porque al fin se rompe.

Contentáos por ahora con darles un disgusto á las obreras de la *Alianza*. Ya sabes que Sordini es uña y carne de la condesa Storni, y la Piumetti sirve de mediadora entre ambos. En estos días no ha cesado de moverse de un lado para otro.

—Pero si el Director permanece en su puesto, mi hijo no entra al trabajo.

—No busquéis tres pies al gato. Si insistís en luchar contra él vais á dar armas á vuestros enemigos, porque ni entrarán los hombres al trabajo, ni vosotras, las mujeres, tampoco.

—Está bien. Quiere decir que, vencido el primer obstáculo, veremos después de continuar la partida.

—Perfectamente. Luego, estamos de acuerdo... Conque, reúne á las compañeras y en el acto intimad á las del *Albergue* que no vuelvan al trabajo, si no entran todas las trabajadoras... Si no quieren de grado... *Ó todas ó ninguna*.

—Dejadme hacer á mí... Yo le prometo que si resisten, van á tener que encomendarse á todos los santos.

Sonrió complacientemente la comadrona y se levantó diciendo:

—Pues te dejo á ti el cuidado de disponerlo todo. Ve mañana á la ciudad á referirme lo sucedido... ¿Irás?

—Sí, señora; sin falta.

—A propósito, ¿no hay ninguna paloma en el palomar?

—Hay una que, aunque todavía se resiste, acabará por entrar en él.

—Ten cuidado que no se te escape como aquella otra.

—Si logro atraparla, ésta vale por dos.

—Así podrás decir que has pillado dos palomas con un solo cebo. Conque, mañana te aguardo... Adiós.

Se bajó nuevamente el velo, y se fué hacia el tranvía que debía conducirla á la ciudad.

La astuta mujer pensaba que Sordini, hombre de carácter entero, no se dejaría imponer ningún género de condiciones, y

que al mezclar á las obreras del *Albergue* de grado ó por fuerza en la nueva conjura, se harían también odiosas al patrono; y que por lo tanto, el conflicto adquiriría mayor gravedad que antes, que era precisamente lo que ella buscaba...

Pero los adversarios no estaban desprevenidos.

Al propio tiempo que la noticia del cierre de los talleres, Ida había recibido secretamente un aviso de Sordini, diciéndole que se abrirían antes de tres días y admitidas en ellos indistintamente todas las trabajadoras del *Albergue*. Ocultó la noticia á todo el mundo, excepto á la superiora y á Giorgina, recomendándolas que diesen ánimo á las jóvenes, prometiéndoles que todo se arreglaría pronto. Además recomendó á Giorgina que estuviese alerta, para estar al corriente de los sucesos.

Pero esta recomendación era completamente ociosa.

La enérgica joven en aquellos tres días de suspensión del trabajo redoblaba la vigilancia. En casa nada escapaba á su atención, y fuera de ella tenía personas fieles que la enteraban de todo lo que ocurría.

Apenas declarada la huelga había dicho á la Superiora del *Albergue*:

—En estos días de batalla déjeme obrar á gusto mío para que los bribones no nos sorprendan. Ustedes las hermanas son demasiado santas y no saben lo malo que es el mundo... Ya le contaré yo, cuando todo esté tranquilo, lo que ahora se maquina contra el *Albergue*. Entretanto, déjeme hacer.

Por eso ocurrió que una hora después de la visita de la comadrona á su antigua alumna, Giorgina tuvo conocimiento de ella, así como de lo que habían tramado ambas mujeres.

Sin perder tiempo la joven salió de casa y corrió á buscar á Ida, informándola minuciosamente de lo ocurrido; después montó en el tranvía y bajó de él en el barrio de obreros, donde se avistó con tres ó cuatro de sus más fieles amigas, encargándolas que promovieran una manifestación contraria á la que se

preparaba aquella misma noche. Por último, volvió con gran prisa á su puesto de guardia á la puerta del *Albergue*, esperando tranquilamente los acontecimientos.

Cuando en las primeras horas de la noche se difundió por todas partes la noticia de que á la mañana siguiente se hacían los nuevos contratos para el trabajo, ya se podía presagiar que la manifestación de protesta organizada por la comadrona, no sería bien recibida entre los obreros.

La huelga había sido provocada por unos cuantos holgazanes de la peor calaña, á quienes los demás trabajadores siguieron pasivamente, por evitarse disgustos.

Pero en aquellos tres días de ocio forzado, cada cual había podido reflexionar tranquilamente sobre la huelga, sobre sus causas y, sobre todo, sobre sus consecuencias; las mujeres, en gran parte contrarias al socialismo, se habían *despachado* á su gusto, como suele decirse, entre los iniciadores de la protesta, calificándolos con las palabras más duras y más despreciativas. Así es que la noticia que había lanzado á volar la antigua pupila de la comadrona, sobre el pacto establecido entre el patrono y la *Alianza*, lejos de promover la agitación que se esperaba, produjo el efecto contrario; es decir, el de que muchas mujeres se encarasen con la autora del complot, echándole en cara que tanto ella como su hijo habían contribuido á fomentar la huelga.

Al propio tiempo, las amigas de Giorgina se apresuraron á sembrar el desaliento en las pocas mujeres que permanecían vacilantes, haciéndoles comprender que lo más conveniente para sus intereses era mostrarse tranquilas.

La consecuencia de todo esto fué que el número de personas dispuestas á realizar la manifestación entre las obreras del *Albergue* resultó tan exiguo, que la propia iniciadora no se atrevió á intentarla.

Giorgina, que, como queda dicho, estaba de guardia á la puerta para mandar cerrar todas las ventanas al menor asomo

de peligro, á fin de que las compañeras no oyesen las voces, recibió un aviso de una de sus amigas de la barriada de obreros, diciéndole que la manifestación había fracasado por completo. La valiente joven corrió á transmitir la feliz noticia á la hermana Superiora.

A la mañana siguiente se hicieron con el orden más absoluto los nuevos contratos. Fueron admitidos en los talleres todos los obreros y obreras de antes, á excepción de los tres despedidos y otra media docena de trabajadores díscolos, de los cuales el patrono quería desprenderse. Antes de su partida el Sr. Sordini había dejado la lista de sus nombres al Administrador.

Hubo nuevas tentativas por parte de los licenciados del trabajo para sembrar nuevamente la cizaña entre los trabajadores; pero los más resueltos de ellos hicieron comprender á los agitadores que perdían el tiempo y el trabajo sembrando en arena.

Todos se vieron obligados á desalojar sus viviendas: La antigua pupila de la comadrona fué la única mujer castigada con la pérdida de trabajo.

Al verlos partir, hubo quien recordó á los pífanos de la montaña, que fueron á tocar y volvieron corridos.

Y la fábrica recobró el aspecto risueño de antes, con gran algarazara de los chiquillos, que á la vuelta de la *mamá señora* la recibieron con flores.



XXVII

¡Guerra á todo trance!

—Sí, querida amiga. El déficit de nuestro balance va siempre en aumento. En adelante, no sé cómo componérmelas para igualar las partidas.

—Tal es la suerte que corren todas las grandes empresas, señora; aventurar el capital en fundarlas y difundirlas, para hacerlo después volver á la caja, con ó sin lucro, cuando la empresa está bien constituida y se basta á sí misma.

—Está bien; pero entretanto yo sola corro los riesgos con mi dinero. Todavía no se ha encontrado una persona de posición que haya concurrido á los gastos de implantar y propagar la causa del feminismo.

—Pero no se puede negar que el público responde á nuestras iniciativas. La idea genial de una completa emancipación de la mujer, fué acogida con simpatía y entusiasmo en Italia. La *Liga* feminista ha llegado á ser un poder formidable, del cual usted, como fundadora, puede estar justamente orgullosa. Ya contamos con un ejército disciplinado y aguerrido...

—A la italiana... Esto es, siempre pronto á hacer ruido; pero no á pagar los gastos de la campaña y seguir las instrucciones que dicta la presidencia, á reconquistar con un trabajo constante nuestro derecho, promoviendo la causa del feminismo *inte-*

gral. En la agitación sobre el divorcio que aún dura, hemos tenido el ejemplo de ello; mucho ruido, pero en substancia nada.

—Y no obstante, si miramos hacia atrás, cuánto camino hemos hecho en poco tiempo. La idea emancipadora ha penetrado en las grandes multitudes del proletariado femenino y va poco á poco fecundando las conciencias, de manera que presto ó tarde dará sus frutos.

—Cierto; pero sin dinero no se hace la guerra, y en lo sucesivo yo no me encontraré en el caso de atender exclusivamente á los gastos.

—Hagamos un nuevo llamamiento á la sociedad proletaria.

—Ya hemos hecho muchos sin éxito. Si no se atiende pronto á la cuestión financiera, no sé dónde iremos á parar.

—Tiene usted razón sobrada, señora. En materia de dinero toda preocupación es poca, porque en donde se saca y no se mete, pronto se llega al fin.

—¿Me juzga usted demasiado pesimista?

—Un poco.

—¿Cómo?

—Yo tendría mayor confianza en la buena causa. Además esperamos la respuesta de Brandini, que no puede tardar.

—Ya hace tiempo que la aguardamos. De haber creído en sus palabras, parecía que el Gobierno ansiaba hacer los imposibles por la causa del feminismo. Y hasta ahora nada han hecho. Aguardábamos recursos de los fondos secretos, pero no han llegado. Y para una empresa como el feminismo, el Gobierno debiera proceder con rapidez. El dinero vendrá seguramente.

—Pero entretanto de ilusiones no se vive.

Como el lector habrá imaginado, este diálogo lo mantenían la señora Schwitzer y la secretaria de la *Liga feminista* Olga Fiorini.

La primera había consagrado su vida al desarrollo del feminismo, pretendiendo el imposible de hacer á Italia el centro del

movimiento internacional. Animada por el éxito de las primeras reuniones y deseando dar á la obra la mayor amplitud, sostuvo generosamente al principio todos los gastos de la propaganda esperando que sus colaboradores la ayudarían y que la empresa viviría con su auxilio.

Sus amigas se habían limitado á animarla para proseguir la obra. Brandini, en privado y en público, también había hablado con entusiasmo, exaltando la fundación de la *Liga feminista* como uno de los más grandes acontecimientos del siglo, que haría época en la historia de la evolución social; pero á esto nada más se había limitado su auxilio.

Por natural orgullo, la señora Schwitzer no quiso revelar á nadie los gastos que se veía obligada á imponer á su patrimonio para propagar el feminismo. Sólo con Brandini, su íntimo consejero y amigo, había hablado de las angustias económicas por que atravesaba.

El diputado le prometió, que gestionaría con el Gobierno la concesión de una suma á favor de la *Liga feminista*, y que en tanto que se concediera induciría al ministro del Interior para que la ayudase con los fondos secretos.

Tal promesa alimentó por algunos días las esperanzas de la presidenta y también las de la secretaria, por cuyas manos habían de pasar aquellos fondos.

Pero, como acabamos de ver por el diálogo que antecede, las esperanzas de la señora Schwitzer, andaban ya muy marchitas. Por eso la astuta secretaria trató de reanimarlas, añadiendo:

—Decía usted bien. De ilusiones no se vive. Aguardemos los hechos, ó mejor dicho, preparémonos para que vengan.

—¿Qué quiere dar á entender?

—¿Quiere usted que se lo diga? Pues bien, me parece á mí que para dar mayor impulso á nuestra empresa y obligar á las mujeres á que la sostengan con medios económicos, convendría

trabajar con un método más en armonía con nuestra índole italiana.

La presidenta arrugó las cejas y miró de soslayo á la secretaria; pero ésta continuó tranquilamente:

—Me explicaré en seguida y usted verá si tengo razón. La *Liga* es obra de usted, señora, y á usted le debe sus desarrollos y sus conquistas; le debe, sobre todo, su organización, que si estuviésemos en Alemania, produciría efectos maravillosos. Pero en Italia la disciplina es muy difícil de mantener; se necesita otra cosa: se necesita la lucha ardiente, obstinada contra todos los obstáculos y contra todos los adversarios que se opongan á nuestro programa, y que impiden la emancipación de la mujer italiana privándola de sus derechos.

—¿Y qué hemos hecho hasta ahora sino tratar de vencer todos esos obstáculos?

—Sí, pero demasiado en general, y permítame usted decirlo, de una manera un poco retórica y académica de que yo misma debo acusarme. Ahora la experiencia me ha hecho cambiar de opinión. Hablemos más claro. Tenemos un enemigo formidable: la *Alianza femenina*. No es oro todo lo que reluce; por lo tanto, yo no creo en cuanto se dice y se publica sobre la gran difusión, autoridad y fuerza que la *Alianza* goza aquí y en toda Italia. Pero sea de ello lo que quiera, lo cierto es que nuestra salvación y nuestra prosperidad consisten en combatirla á todo trance, sin darle cuartel nunca, y que cuanto más pierda ella, tanto más ganamos nosotras.

—Estamos de acuerdo, y por eso he dirigido contra la *Alianza* tantos asaltos.

—Asaltos generales que el enemigo rechaza cubriendo siempre las partes más débiles. Ahora cambiemos de táctica y ataquemos á una de estas partes solamente hasta vencerla.

—La idea no me disgusta; pero, ¿qué entiende usted por la parte más débil de la *Alianza*?

—La de las reivindicaciones femeninas, que son más contrarias á su programa, más conformes con el nuestro y más capaces de inflamar de entusiasmo el corazón de las mujeres.

—¡Bravo! Ha dado usted en el blanco.

—Comencemos pronto por embestir con ímpetu al punto más débil.

—¿Cuál es?

—La cuestión de la mujer electora.

—*Vohlgetroffen* (precisamente). Iba á decirlo yo.

—Es un asunto que se agita hoy en todas partes y del cual todavía no nos hemos ocupado nosotras. Arrojémosle á la plaza como un desafío á la *Alianza*, y se verá la agitación que se produce. La *Alianza*, colocada entre la espada y la pared, deberá callar y exponerse al desprecio público ó hablar para declararse contraria al voto político... ¿Qué le parece á usted?

—Lancémosles, pues, un desafío público para una reunión de controversia.

—Ataquémoslas mejor con un manifiesto que todo Italia conozca. A ellas corresponderá entonces recoger el reto y convocar una reunión de controversia.

—En el manifiesto conviene hacer resaltar tres puntos: la necesidad para las mujeres de estar representadas por mujeres en los municipios, en las diputaciones provinciales, en el Parlamento y donde quiera que se trate de sus intereses—la hostilidad de la *Alianza* hacia el voto político, por efecto de los prejuicios religiosos que tienden á perpetuar la esclavitud de la mujer y á impedir su emancipación—la llamada á todas las mujeres italianas, para combatir á la *Alianza* y para agitarse incesantemente, hasta obtener del Parlamento una ley que reconozca sus postulados.

—Convendría también fijar un día para hacer una solemne demostración nacional en toda Italia á favor del voto político y

contra la *Alianza*, invitando á todas las adheridas á entrar en la *Liga feminista*.

—Perfectamente. Entonces ya no tratemos más que de la próxima reunión del Consejo directivo, y elijamos un comité para la redacción del manifiesto.

—Mejor será que yo entretanto escriba un esbozo de él y usted lo revise, así como también el Sr. Brandini y la señora Lisardi, á fin de que pueda presentarse al Consejo para su aprobación.

—Muy bien. ¿Cuándo lo hará usted?

—Entre hoy y mañana.

—Cuidado con dar ocasión á las censuras de su colega la Piumetti.

—Le mandaré un ejemplar para que me favorezca con sus impresiones y para discutir con ella en público los temas del manifiesto.

Se marchó después de esto tan satisfecha la Presidenta, que ya veía alzarse contra la *Alianza* toda la hueste femenina de Italia, olvidándose casi de las angustias pecuniarias por que atravesaba la *Liga*. Y ya se veía en el campo al frente de un gran ejército, luchando por una causa gloriosa, contra el enemigo, segura de la victoria, y gustando de antemano la embriaguez del triunfo.

Pero sabiendo por experiencia, que sin dinero no se hace la guerra, dió orden á su Administrador para que le enviase una gran suma en valores que tenía depositada en los Bancos de Italia.